

# SERMON PANEGÍRICO

PARA

## EL DIA DE LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN.

---

*Et misericordia ejus a progenie in progenies  
timentibus eum.*

(Luc., cap. 1, vers. 50.)

Y su misericordia de generacion en genera-  
cion sobre los que le temen.

Cuando acababa de cumplirse la esperanza de cuarenta siglos, y era ya un hecho lo que para cien generaciones habia sido una promesa, la Vírgen que encerraba en su seno á Aquel en quien fueron bendecidas todas las naciones de la tierra, pronunció un cántico tan sublime, que encierra en pocas frases la historia del mundo de las inteligencias, la inmovilidad é inmutabilidad de los decretos divinos, las vicisitudes de los espíritus criados, sus contiendas, sus aspiraciones y su suerte en el tiempo y en la eternidad. Esta Vírgen habló á la manera de los Reyes y de los sabios, que encierran grandes conceptos en pocas palabras, y hablando poco dicen mucho, mostrando así que era Reina del mundo y tenía íntima union con la sabiduría increada.

Es tan dulce para mi corazon la memoria de esta Vírgen, y el repasar lo que dijo, lo que hizo, y si pudiera ser lo que pensó, que no puedo ménos de referir cuánto significa cada una de las pulsaciones que esta cantora de las glorias de Dios da en la lira que el Espí-

ritu Santo pone en sus delicadas manos. Empiezan las primeras armonías protestando la divina poetisa que no recorrerán sus manos las cuerdas del arpa sino para glorificar al Señor y alegrarse en Dios, que es su Salvador.

En seguida publica la inefable bondad de este Dios, que se ha dignado complacerse en su pequeñez; y lanzando una mirada escudriñadora á cuantas generaciones ha de haber en el mundo, las vé á todas, una por una, y como si fuera más que hombre ó que ángel, determina lo que pensarán sobre Ella, lo que dirán de Ella, y recita el elogio que le ha de dar el peregrino del destierro y el morador de la patria. Confiesa la Virgen que todo esto ha de suceder, porque ha hecho en Ella cosas grandes Aquel que es Todopoderoso, cuyo nombre es santo, cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que lo temen, compendiando así en dos palabras las grandes misericordias de Dios sobre los hombres, las cuales dice empezaron á verse en la infancia del mundo, se iban á manifestar muy pronto con nueva gloria, para descubrirse en todos sus resplandores en el día de la eternidad.

Aquí podemos decir que termina la primera parte del cántico de la Virgen refiriendo las misericordias de Dios para con Ella y para con los hombres. ¿Y quién puede seguir los vuelos más que humanos que da al instante el espíritu de la Virgen? Lo que sigue es como una epopeya misteriosa de los hechos de Dios: allí en dos rasgos se ven descritos combates, batallas, usurpaciones, invasiones injustas y entronizamientos inícuos; allí aparecen soberbios enaltecidos y llenos de humillacion, poderosos por efecto de sus violencias, ricos con lo que han cogido á los demás, gentes reducidas por el despotismo al hambre y á la miseria, y, por fin, humildes deprimidos por los que constituyen el derecho en la fuerza. Todo esto ha visto la Virgen en un instante; sangrientas lides de prin-

cipes en el cielo; asechanzas ominosas de espíritus inquietos y perversos en la tierra; tiranía ejercida por Lucifer en el género humano; miseria espiritual en toda la descendencia de Adán por efecto de los fraudes de un enemigo astuto, y altanería de éste por creerse dueño del mundo. «Pero esto concluyó, dice la cantora celestial: la edad de oro empieza: Dios se ha levantado á combatir, y ha hecho alarde de su poder; desbaratadas están las miras del corazón de los soberbios, derribado el sόlio de los poderosos, han quedado sin nada los ricos, y los humildes se sientan ya en trono de gloria, y colmados están de bienes los hambrientos. Y todo esto ha sucedido, concluye la Virgen, porque Dios, acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo, cumpliendo la promesa hecha á su amigo Abraham y á su descendencia, cuyos efectos durarán por los siglos de los siglos.»

Hé aquí, compendiado, lo que la Virgen María dijo en su canto. Pero dos cosas debo hacerlos notar, una de las cuales descuella entre las frases de la cantora, como si fuera el tema obligado de todos sus acentos, y es que la Virgen atribuye á sólo la misericordia de Dios cuanto ha hecho en Ella, cuanto hizo á Israel, cuanto prometió á Abraham, y cuanto cumplirá por toda la eternidad. «Nada merecíamos nosotros, dice María; nada podíamos exigir de Dios: es su misericordia la que nos crió y adornó con su gracia; es su misericordia la que nos libra de la tiranía de Satanás y nos redime; y por efecto de esta misericordia, hizo su gran promesa en el paraíso, la reiteró á Abraham, la confirmó en Israel, y la cumplirá por los siglos de los siglos.» Y no me quiero detener aquí á referir cuanto abarca en esta sola frase el espíritu gigantesco de la Virgen, porque deseo manifestaros que hay otra cosa encerrada en el cántico, de la cual Ella nada dice con claridad, no obstante que se desprende de cada una de sus palabras. Pero lo que no dice la Virgen con toda cla-

ridad, porque es humilde hasta un extremo inconcebible, lo debemos publicar nosotros y anunciarlo al mundo entero con voces que lleguen de confin á confin. ¿Y sabeis, amados hermanos, cuál es esa gran verdad que se desprende del cántico de la Virgen? Un gran secreto del corazón de Dios, lo que forma las delicias de la augusta Trinidad, lo que era el ánsia misteriosa del linaje humano, lo que hace risueña á la misma justicia divina, lo que da envidia á los ángeles, lo que es el bálsamo del alma pecadora, lo que hace bienaventurado en este mundo al desterrado, lo que produce en nosotros, no alegría, ni gozo, ni contento, ni placer, sino arrobamiento, deliquio celestial, éxtasis; lo diré de una vez: es que esa misma Virgen, que atribuye todas las obras de Dios á su misericordia, es la que la ha de administrar á los hombres, por ser Ella la Madre de esa misma misericordia y la tesorerera que la guarda y la reparte á los mortales.

Puesta está ya de manifiesto la verdad más consoladora que puede presentarse á nuestros corazones, pues somos todos hijos de esa misma Virgen. Y es esto mismo lo que voy á explanar en este día, en que celebramos con la Iglesia católica su nacimiento. Vengan aquí los que vacilan, los que dudan, los que temen, los que están atollados en el mismo lozadal de los vicios, y oigan un suave rumor que va á llevar á sus almas la fé, la esperanza, el vigor y la resolución. Vengan esos hombres que tienen un corazón recto, que aman las bellezas celestiales, y suspiran por ellas, pues van á verse bañados de tanta dicha con sólo oír este dulce eco que baja del cielo, que han de creerse ya moradores de la patria de los bienaventurados. Vengan todos, y oigan lo que tal día como hoy cantaron sin duda los ángeles. Ha nacido una niña que ha de ser la dispensadora de la misericordia divina; el linaje humano, huérfano y desamparado, tiene ya una Madre que lo es de misericordia. Venid todos, mis

amados hermanos, y apresuraos á saludarla, llamándola con el ángel bendita entre todas las mujeres.

#### AVE MARÍA.

El plan concebido en la mente divina para salvar al hombre es tan redundante en amor, que no es posible estudiarlo sin que el alma quede envuelta en la red verdaderamente inmensa de caridad que Dios arrojó sobre la tierra al realizarlo. Pero el resorte que parece estaba destinado á mover el gran peso del amor divino, á manifestarlo, á derramarlo, á darlo á conocer á los hombres, es lo que hay más arrobador del espíritu y más encantador del corazón en este plan admirable de la redención. Este resorte es aquella Mujer á quien Dios mismo mandó llamar bendita entre todas las mujeres. (Luc., capítulo 1, 26.)

El plan divino en esta obra de la caridad infinita no se limita á redimir al hombre, sino que se extiende á la unificación del cielo y la tierra. Dios quería fundar el reino del amor, en el cual no hubiese sino paz, caridad, amistad, felicidad, unidad, por fin, pero unidad tan perfecta, que los hombres fuesen todos una misma cosa en el vínculo del amor, así como el mismo Padre eterno es una cosa en su naturaleza con el Hijo y el Espíritu Santo, no obstante que son tres personas realmente distintas (Joan., cap. xvii, 21). Dios, que es padre de los hombres y los ama con indecible caridad, y veía que estos no lo conocían, ó lo conocían mal, y que estaban alejados de Él, quería hacer de Él y de los hombres una familia en la cual campease un amor puro, tierno, cariñoso, feliz, desinteresado, que atrajese á todos los hombres á su corazón, para que éstos lo llamasen con toda la efusión de su alma Padre, así como Él los llamaba á todos sin distinción hijos. Á esto está reducido el plan divino, como nos lo descubre

el mismo Jesucristo; porque Él bajó del cielo para deramar en la tierra llamas de amor, pero de tal amor, que enseñase á los hombres á llamarse hermanos, hijos todos de un mismo Padre, que está en los cielos, y acercarse á éste con más confianza que la que tiene el niño tierno para pedir pan al que le dió el sér y la vida.

Para conseguir este objeto; para remover cualquier obstáculo que encontrasen los hombres en el camino que los llevaria á Dios; para hacer este mismo camino, no sólo suave, sino florido, ameno y deleitable; para que hubiese posibilidad de ver á ese mismo Dios cerca de sí mismo, y conocerlo, y tratarlo, y convencerse del mucho amor que nos tiene, y de que, léjos de ser un sér terrible y severo, es un padre benigno y un amigo cariñoso del hombre; para poder, por fin, fundar un reino de justicia y de paz, y constituir de Dios y de los hombres una gran familia, donde no hubiese más que un padre y muchos hijos, se deja ver en el plan divino de la redencion del hombre la Virgen María. Es esto precisamente lo que más halaga nuestro corazon, y en lo que nuestra alma encuentra la perfeccion infinita de aquello que la ha encantado y enamorado desde que nuestros ojos se abrieron á la luz y nuestros sentidos empezaron á palpar la perfeccion inefable de la maternidad. Porque ¿quién lo ignora? Cuando cada uno de nosotros hemos llegado á la edad en que nuestra razon nos enseña que debemos amar á nuestros padres, hemos visto que los amábamos ya, y que, sin saber cómo, se habia formado entre ellos y nosotros un lazo de ternura que nos estrechaba. Mas ¿cómo se habia formado este lazo de oro? En esos encantos indefinibles de la maternidad natural veíamos, cuando la tierna madre nos aplicaba á su pecho, que habia en sus labios una sonrisa que es sólo para el hijo, y por la cual éste conoce á su madre; veíamos que sus dos pupilas destellaban rayos de amor; palpábamos aquellos ósculos

caldeados en su corazon, que era todo amor; palpábamos tambien que del seno de la madre nos veíamos trasladados á los brazos de un padre, quien, á pesar de ser por naturaleza más severo y ménos suave que la madre, nos acariciaba, nos arrullaba y nos besaba, y todo esto iba causando en nuestros corazones impresiones de amor. Pero estas impresiones son tan elocuentes, que enseñan al niño á dar á la madre una preferencia relativa sobre el padre, pues le son más gratos los brazos de aquélla que los de éste, y si llega á ver en él alguna mirada de severidad, se apresura á esconder su rostro ruborizado entre los labios y el seno de la madre. Sublime y elocuente modo de obrar, por el cual la naturaleza enseña al hombre que por medio de la madre conoce á su padre, y que en el corazon de aquélla hay siempre un volcan de amor hácia su hijo.

No hay duda de que los mayores encantos del corazon del hombre se encuentran en esa union íntima, tierna y desinteresada del padre, de la madre y del hijo: se amaban mucho aquéllos en la esperanza de ver el fruto de su amor; pero se aman despues mucho más, siendo su hijo el pábulo que mantiene el fuego del cariño y el lazo que los estrecha en un mismo objeto, que es la felicidad del hijo. Y ¡cosa singular! al decretar el Señor la reparacion del linaje humano, determinó que el hombre se elevase á Dios, á su conocimiento, á su amor y á su posesion, conduciéndole como á un hijo de familia por medio de los cariños de una maternidad infinitamente más perfecta, más tierna y más generosa que aquella cuyos encantos ha experimentado cada uno. Lo primero que vemos en nuestra regeneracion espiritual es nuestra madre, á quien debemos el sér de la gracia, la leche que nos ha alimentado, sus cuidados, sus cariños, su solicitud maternal. De ahí la diferencia tan notable de los hombres de los tiempos antiguos á los de los modernos;

de ahí el cambio radical de los corazones; de ahí la elevación de las almas á Dios; de ahí, por fin, el trato íntimo de los hombres con su Criador, y el conocimiento vasto y profundo que hoy día tenemos de su naturaleza y sus atributos.

Esto lo comprendemos instantáneamente con sólo poner en contraste hombres con hombres y tiempos con tiempos. Obsérvese lo que es, lo que piensa y lo que dice y hace aquel gran pueblo que se gloriaba de tener cabe sí á Dios, y de estar familiarizado con sus prodigios. ¡Qué ideas tiene sobre la naturaleza divina! ¡Qué terror le causa la presencia de Dios! Manifiéstase Éste con gloria y majestad en los promontorios del Horeb, derramando llamas por todas sus crestas y derrumbes, truenos, detonaciones, relámpagos, ruido de clarines, vibraciones continuas de ecos celestiales, es el aparato con que la grandeza de Dios se manifiesta. ¿Quién guarda serenidad de ánimo en medio de tanto remolino de fuego como recorre la sierra de Sinaí? ¿Qué corazón no se estremece al sentir los ecos prolongados de mil trompetas que anuncian la presencia de Dios, y dicen claramente á las turbas que hombre ó bestia que tocara la raíz del monte sería apedreado? El terror fué tanto, que todos unánimes pidieron á voces que no les hablase Dios, sino Moisés. Y ni este mismo Moisés, tan acostumbrado á tratar con Dios, pudo contenerse; porque era tan terrible y espantoso lo que se veía, que al fin pronunció estas palabras: «Despavorido estoy y temblando.» (Heb., capítulo XII, 21.)

Y estas mismas ideas van trasmitiéndose de padres á hijos, pues todos creen que no es posible ver la majestad de Dios sin morir al instante, ni acercarse á hablarle, por no haber oído jamás su voz sino entre nubes, tinieblas, estruendos y torbellinos. Esto era en tiempos antiguos; pero un momento llegó en el cual todo esto

desaparecía, como desaparecen las tinieblas al aparecer en el horizonte la luz. Vamos á ver otros hombres y otros tiempos, otro trato con la majestad divina, y no hemos de poder persuadirnos de que estemos hablando con Dios, sino es porque una Virgen nos ha de decir que es Él mismo, y que lo podemos tomar en nuestros brazos, y aplicarlo á nuestros labios, y besarlo, porque es Hijo suyo, y nuestro hermano, y Ella nos lo da para eso.

Vuélvase, en efecto, la vista á la escena de Belén, primera de la ley de gracia, y se comprende que Dios se ha despojado de aquel aparato terrible y majestuoso con que se dejaba ver de los hombres, y que éstos empiezan á tener un conocimiento más perfecto de lo que es Dios, y entran en trato familiar con Él, como con un amigo y como con un hermano. En vez de roncas bocinas, cuyos ecos hacen retremblar el monte santo, son armonías angélicas que llenan los oídos de dulzura y saturan el alma de gozo celestial; en vez de voces de amenaza, cantares de gloria al cielo y de paz á los hombres; en vez de rayos y fuegos, claridad suave, pero tan esplendorosa, que ella misma dice que viene de Dios; en vez de órdenes amenazadoras del ángel publicando pena de muerte al que se acerque al paraje donde está la majestad divina, invitaciones cariñosas de los mismos ángeles para que se vaya á buscar á Dios mismo. Pero ¿qué más? en vez de un Dios terrible que se anuncia con truenos y relámpagos, y es llevado en carrozas de remolinos de fuego, un Dios niño, un Dios tierno, un Dios que llora, que está fajado en pañales, que descansa en un poco de heno, que se deja tocar y abrazar y llenar de caricias.

¿Quién no se espanta? ¿Quién no se anonada? Mejor dicho: ¿quién no se eleva y se extasía? ¿Quién no derrama lágrimas de gozo al ver una cosa tan nueva, tan inaudita y tan distinta de lo que el género humano ha visto en cuatro mil años? No es ya un Abraham ó un

Moisés quienes oyen de la boca del mismo Dios que son sus amigos y sus confidentes, postrándose los dos en tierra al oír tan de cerca la voz divina; son unos hombres plebeyos quienes se acercan á un niño recién nacido, quedando arrobados al ver majestad que no infunde temor, resplandores que no ofuscan, ecos que consuelan, y al contemplar cuánta honra le ha cabido á un establo, cuánta dicha han tenido unas pajas, y cuánta gloria ha sobrevenido á un pesebre.

Mas no es esto todavía lo que embarga con más fuerza los sentidos del cuerpo y eleva el alma: Dios se ha hecho hombre, se ha hecho hermano nuestro; es un niño, tiene una madre. Y lo que produce en los primeros hombres que van á reconocer al Dios recién nacido un asombro indescriptible y un gozo todo celestial, es el ver que esa misma madre les dice que se acerquen á su niño, que no teman, que pueden tocarlo y besarlo, porque ha nacido para ellos. Viérase entónces lo que no pudieran imaginarse ni áun los ángeles mismos: unos zagales sencillos, sin letras, toscos y rudos, se pusieron á ver á Dios cara á cara, formando corona alrededor de su cuna, quienes, cayéndoles de sus ojos hilos de lágrimas, no sabían decirle sino que lo quieren, que lo aman, que lo adoran, y están tan extáticos mirando, ora al niño, ora á la madre, que apenas saben ya si están viviendo en la tierra ó si ha llegado para ellos la posesion del bien sumo en el cielo.

Ya veis qué tierno y encantador es el primer paso que han dado los hombres para acercarse á Dios. ¿Quién se niega á tomar en sus brazos un niño más hermoso que las estrellas? ¿Quién no sella sus mejillas con ósculos de amor al verlo extender sus brazos y asomar en sus lábios una sonrisa celestial? ¿Quién se niega á la invitacion de una madre que le cede á uno tal hijo para que le abrace y se embriague en la contemplacion de su belleza? Nadie se

resiste á encantos tan poderosos, porque nuestro corazon se va naturalmente tras lo que lo hace bienaventurado: así vemos que no hay diferencia entre el pobre pastor y el gran potentado, y el venerable sacerdote y la noble profetisa. Todos vienen á buscar á este niño, y á todos se lo da su madre, haciendo con sólo esto que se crean ya bienaventurados. ¿Qué les vale á los magos del Oriente toda su ciencia, cuando han llegado á besar la mano de aquel niño que su madre les da para que lo adoren? ¿En qué cifra todo su sér y toda su dicha el anciano Simeon, despues de haber puesto la Vírgen su niño en los brazos del hombre justo? ¿A qué se reducen todas las palabras de la venerable Ana, despues que ha conseguido ver al hijo de la Vírgen? ¡Ah! Por mucho que quieran decir los sabios, por sublimes que sean los acentos del justo, y por extensas que sean las alabanzas de la viuda, todos dicen lo mismo que los zagales, que aman, que quieren, que adoran á ese niño, y que es bendita entre todas las mujeres esa Vírgen tan dulce y tan amable que les ha dado ese tesoro.

Admirable es, á la verdad, y encantadora esta economía del Señor para salvar al hombre. Preséntase su Hijo en el mundo para atraer á sí á los hombres, revestido de su misma forma, sin rayos de divinidad, y sin ningun distintivo de grandeza. ¿Quién dirá á los hombres que ese niño es Dios? Su Madre: ese Dios está oscurecido bajo el velo tosco de la naturaleza humana; pero su Madre es el sol que derrama rayos sobre los entendimientos y los ilumina, pues por eso, como dice el Doctor Angélico, es asemejada al sol y á la luna (*Opúscul.* 8). Si al salir Jesucristo al mundo no viene con Él su Madre, el mundo se hubiera quedado tan en tinieblas como ántes. Si quitais de este mundo material al sol, dice San Bernardo, ¿dónde estará el día? Pues si quitais del cuadro de la reparacion del hombre á María, no queda sino oscuridad, tinie-